

aunque todavía es una criatura, que se esmera en la contabilidad mucho más que antes. Hasta se dice que le han visto (por supuesto, sin que él lo notara) paseándose por los docks, examinando ansiosamente los barcos y mercancías y cuanto le pertenece como si ya se regocijase en poseerlo en compañía de su hijo. Esto dicen : ahora, yo no sé si será verdad.

— Ya ve usted como ha tomado informes ; — dijo Gills.

— ¡ Qué disparate ! — repuso el joven riendo y poniéndose más colorado. — No, tío ; no he hecho más que oír lo que decían.

— Se me figura que este chico se ha puesto en camino, como nos figuramos, Eduardo — dijo Sol, siguiendo la broma.

— ¡ Ya lo creo ! — dijo el capitán.

— Brindemos por Dombey é hijo.

— Sí : muy bien, tío ; — exclamó alegremente Wálter. — Y puesto que ha hecho usted mención de la hija y puesto que ha relacionado usted su nombre con el mío, propongo una enmienda á este brindis y pido que se diga : á la salud de Dombey é hijo... é hija !

CAPÍTULO V

PROGRESOS Y BAUTISMO DE PABLO

Protegido contra toda especie de contaminación por contacto con el linaje de los Toodle, Pablito iba creciendo, cada día más fuerte. De día en día también iba queriéndole más miss Tox, y este afecto no era tan apreciado por mister Dombey que ya éste reconocía en aquella señora un gran sentido natural y unos sentimientos que la honraban y merecían alguna recompensa. Ya no se limitaba sólo á saludarla de particular modo en diferentes ocasiones, sino que se dignaba manifestar por sí mismo este agradecimiento, por medio de su hermana. — Haz el favor de decir á tu amiga, que es muy buena — ó bien — Manifiesta á miss Fox, que le estoy muy agradecido. — Tales atenciones causaban al ánimo de aquella distinguida señora una impresión profunda.

Miss Tox solía asegurar á mistress Chick que « nada en el mundo le interesaba tanto como el desarrollo de aquel amado infante » ; y no tenía necesidad de decirlo, porque con sólo observar la manera de proceder de miss Fox, se veía bien claro. Presidía con inefable satisfacción á las inocentes comidas del joven heredero y parecía compartir con la nodriza

Richards la tarea de suministrárselas. Asistía con entusiasmo á las pequeñas ceremonias del lavado y del baño. La administración de infantiles dosis de medicinas contaba con su simpatía y el concurso de su carácter. Aconteció en una ocasión, que habiéndose escondido en un armario (movida por su gran modestia), porque mister Dombey entró en la habitación acompañado de su hermana, para contemplar á su hijo mientras le acostaban, y habiendo visto desde su escondite, cómo el niño, vestido con una camisita de hilo, daba unos torpes pasitos cogido al vestido de la nodriza, no pudo contener su entusiasmo y exclamó: — ¿No es verdad que es muy hermoso, mister Dombey? ¿No es un amorcillo? — Pero en seguida, corrió á esconderse detrás de la puerta, avergonzada y confundida.

— Luisa, — dijo un día mister Dombey á su hermana, — me parece que debo hacer un buen regalo á tu amiga con motivo del bautismo de Pablo. Tanto se ha interesado por el niño desde el principio y de tal manera sabe mantenerse en su puesto (condición verdaderamente rara hoy), que me complacería mucho demostrarle mi agrado.

Sin que esto sea en detrimento de miss Tox y en menoscabo de sus méritos, es lo cierto que para mister Dombey como para otros muchos, mantenerse una persona en su puesto quería decir que aquella le prestaba no interrumpido acatamiento. Poco importaba que no se conociera á sí misma con tal que le hiciera toda reverencia.

— Querido Pablo, — contestó su hermana, — estaba segura de que un hombre de tu penetración no podría menos de hacer justicia á miss Tox. Para ella hay tres palabras en la lengua inglesa que la inspiran

un respeto que llega hasta la admiración: estas palabras son: Dombey é hijo.

— Es verdad; — dijo mister Dombey, — bien lo veo: esto honra á miss Tox.

— En cuanto á obsequiarla con alguna cosa, como recuerdo — prosiguió la hermana, — yo sé, que sea lo que fuere, ha de estimarlo miss Tox sobremanera, como si fuera una reliquia. Pero acaso hay, querido Pablo, un modo de testimoniarle más delicada y lisonjeramente el agrado que merece, dado caso que lo consientas.

— ¿De qué se trata? — preguntó mister Dombey.

— Es verdad que los padrinos tienen cierta importancia en lo tocante á las relaciones é influencias...

— No sé que pueden tener en ese sentido, tratándose de mi hijo; — repuso friamente Dombey.

— Muy cierto, querido Pablo; — añadió su hermana con animación para corregir su torpeza, — hablas como quien eres. No esperaba otra cosa de ti. Ya sabía que esa sería tu opinión. Sin embargo; — y diciendo esto mistress Chick no iba muy segura sintiendo que pisaba tierra resbaladiza, — sin embargo, no sé si esta podría ser una razón más para que confiaras á miss Tox el cargo de madrina, aunque sólo fuese como delegación y para reemplazar á alguna otra persona. Inútil me parece añadir que miss Tox vería en esto un gran favor, una verdadera distinción.

— Luisa; — dijo mister Dombey, después de una pausa, — no se supondrá...

— ¡De ninguna manera! — exclamó mistress Chick saliendo al encuentro de lo que pudiera ser una negativa; — nunca he creído tal cosa.

Míster Dombey dirigió á su interlocutora una mirada de impaciencia.

— No te incomodes; — continuó su hermana, — me hace daño verte incomodado: estoy muy delicada, sobre todo, desde que se nos fué la pobre Fanny.

Míster Dombey siguió con la vista el pañuelo que su hermana se llevaba á los ojos, y prosiguió:

— No se supondrá, decía...

— He dicho y repito, interrumpió de nuevo mistress Chick — que nunca pensé que se pudiera suponer nada.

— ¡Por Dios, Luisa! — exclamó míster Dombey.

— No, querido Pablo; — replicó su hermana con emoción y dignidad, — déjame hablar: yo no tengo ni la destreza, ni el razonamiento, ni la elocuencia, ni las demás cualidades que tú posees: lo sé muy bien. Es una desgracia para mí. Pero aunque estas palabras hubieran de ser las últimas de mi vida — y las últimas palabras son verdaderamente solemnes para ti y para mí, Pablo, desde la muerte de la pobre Fanny; — mis últimas palabras serían siempre que yo no he pensado nunca en la posibilidad de que se sospeche nada.

Míster Dombey dió algunos pasos hacia la ventana y volvió atrás.

— No se puede sospechar nada, Luisa — dijo. (Mistress Chick no quería recoger el pabellón: ya estuvo para lanzar su frase, — ya sé que no se puede — pero su hermano no hizo caso y prosiguió). — Pero acaso haya algunas personas capaces de pensar que concedo importancia á este acto y que, en este sentido, pudieran sentirse molestadas por la preeminencia concedida á miss Tox. No me importa. No reconozco semejante cosa. Pablo y yo mismo, cuando llegue el

caso podremos mantener nuestra reputación — ó mejor dicho, la casa mantendrá su reputación — sin necesidad de pararse en tales pequenezes. Hay personas que necesitan para sus hijos un apoyo. No es este mi caso: espero no necesitarlo. Que la infancia y la juventud de Pablo transcurran felizmente, que yo le vea pronto apto para entrar en la vasta carrera á que se halla destinado: con esto me hallaré satisfecho. Luego podrá elegir entre poderosos amigos, si le place, cuando mantenga activamente — y extender, si es posible — la reputación y crédito de esta casa. Hasta entonces yo basto, me parece, para todo. No necesito que se interponga nadie entre mi hijo y yo. Prefiero manifestar mi agradecimiento por sus servicios. Por consiguiente, consiento en que sea la madrina. Tu marido ó yo bastaremos para padriños.

Con esta exposición de razones dichas con majestad y grandeza, había revelado míster Dombey las secretas aspiraciones de su ánimo. Una indefinible desconfianza para con cualquiera que quisiese interponerse entre él y su hijo, un temor altanero de llegar á tener un rival, alguien con quien haber de compartir los respetos y las deferencias del niño; la experiencia, adquirida recientemente de que no todo se doblegaba á su voluntad y á sus deseos, secreta zozobra respecto á la posibilidad de un nuevo fracaso ó de un tropiezo: tales eran en este momento sus ideas predominantes. En toda su vida no había buscado, ni había encontrado amigos. Y ahora, este natural concentrado, que había puesto su fuerza entera en un solo designio, en su interés y su ambición de padre, en vez de dilatarse bajo la influencia de una dulce ternura, parecía no haberse ablandado sino un ins-

tante, para recibir el depósito y concentrarse luego en bloque indestructible.

Eleuada de esta manera á la categoría de madrina de Pablo, por razón de su misma insignificancia, fué miss Fox desde aquel momento designada para el desempeño del cargo. Mister Dombey manifestó el deseo de que la ceremonia, diferida desde largo tiempo, se verificase sin más demora. Su hermana, que no había esperado un éxito tan señalado, fué á comunicárselo cuanto antes á su amiga, dejando á mister Dombey solo en su gabinete.

Aquella noche hubo grande animación en el cuarto de los niños. Para celebrar aquel acontecimiento social se habían reunido mistress Chick y miss Tox, no sin disgusto de miss Susana Nipper, que no perdió oportunidad de hacerles burla detrás de las puertas, en manifestación de desagrado. De tal modo se puso irritada y nerviosa que se creyó en el caso de procurarse este alivio, por más que no tenía la satisfacción de ser vista ni animada por alguien. Lo mismo que los caballeros andantes en el tiempo viejo encontraban un alivio á sus cuitas, escribiendo los nombres de sus damas en los árboles de apartados desiertos, en las soledades y lugares ágrastes, por todas partes, en fin, donde no era probable que alguien acertara á pasar y los leyera, así Susana Nipper fruncía el entrecejo al mirar en cajones y armarios, lanzaba miradas amenazadoras, sacaba la lengua, al mismo tiempo que, presa de malísimo humor, lo revolvió todo.

Las dos entremetidas, á todo esto, sin darse cuenta de los sentimientos de Susana, asistieron á los juegos infantiles del niño, le desnudaron, y luego que tomó la última teta, para dormirse, le acostaron en su

camita y se sentaron las dos junto á la chimenea para tomar el te. Pablito y su hermana Florencia dormían en el mismo cuarto, gracias á la intervención del ama; pero ninguna de las dos señoras pensó en la niña hasta que, bien acomodadas en la mesa, dirigieron, por casualidad, la vista hacia la camita donde aquélla se hallaba.

— ¡Qué bien duerme! — dijo miss Fox.

— ¡Ya, ya! tal ejercicio hace durante el día, que no para un minuto; siempre jugando con su hermano; — repuso mistress Chick.

— ¡Qué curiosa muchacha! — añadió miss Tox.

— Es el retrato de su madre; — dijo en voz baja mistress Chick.

— Efectivamente — completó su interlocutora, con un tono de extraordinaria compasión, sin tener idea de porqué, pero comprendiendo que así estaba en lo firme, en lo que de ella se esperaba.

— Florencia no será jamás, jamás, jamás una Dombey; — dijo mistress Chick, — ¡no lo será aunque viva mil años!

Miss Tox, abrió los ojos, siempre con aire de compasión extraordinaria.

— Pienso con tristeza en su porvenir; — dijo mistress Chick suspirando y como si ocultara, con modestia, este mérito. Realmente no sé qué será de ella cuando se haga mayor, qué posición será la suya. No adelanta nada en el cariño de su padre. Ni ¿cómo podría ganar no teniendo cosa alguna de un Dombey?

Miss Tox hizo con los ojos señal de asentir á tan inflexible argumento.

— Esta niña, ya lo ve usted, — dijo mistress Chick como si confiase á miss Tox algún secreto, — es lo

mismo exactamente que su madre. No será capaz de tener energía, en su vida: estoy segura. No será capaz de enlazarse al cuello de su padre como..

— ¿Como la hiedra? — indicó miss Tox.

— Como la hiedra; — asintió mistress Chick.
— ¡Nunca! No irá nunca á refugiarse en el seno cariñoso de su padre, como... como...

— Como una gacela asustada; — indicó miss Tox.

— Como una gacela asustada; — repitió mistress Chick. — ¡Nunca! ¡Pobre Fanny! Y, sin embargo, yo la quería mucho.

— No se atormente usted así; — dijo miss Fox con vos acariciante. Se enternece usted demasiado.

— Todos tenemos nuestros defectos; — prosiguió mistress Chick suspirando y moviendo la cabeza. — Bien sé que los tenemos: no se me ocultaban los suyos, no se lo disimulaba yo, al contrario; y, sin embargo ¡la quería mucho!

Gran satisfacción era para mistress Chick — mujer vulgar, comparada con su cuñada que había sido un verdadero ángel en delicadeza é inteligencia, — era esta de proteger, en cierto modo, la memoria de aquella señora, de proseguir su vida, imaginándosele ella misma, hasta parecerle que su propia tolerancia se acomodaba al modo de ser de la difunta! Virtud sumamente agradable debe de ser la tolerancia, cuando pretenden ejercerla tantos que se verían realmente muy apurados si se les preguntase con qué derecho se amparan de aquel nombre.

Todavía estaba enjugando mistress Chick sus lágrimas y aún movía la cabeza cuando la nodriza de Pablo se tomó la libertad de advertir que miss Florencia se había despertado y estaba sentada en la cama. Estaba sentada, en efecto, y como también

dijo la nodriza, la niña tenía llenos de lágrimas los ojos. Pero no se acercó á tranquilizarla nadie más que la bondadosa ama: únicamente ésta se acercó á la pobre niña diciéndole cariñosas palabras.

— ¡Ama, amita, déjeme acostarme junto á mi hermano! — exclamó la niña con la mayor ansiedad.

— ¿Por qué, hijita? — contestó el ama.

— ¡Oh! creo que me quiere; — dijo Florencia presa de la mayor exaltación; — déjeme acostarme junto á él, ¿verdad que sí?

Mistress Chick interpuso maternalmente algunas palabras aconsejando á la niña que durmiera, pero Florencia, repitió la súplica con mirada de susto y voz llorosa:

— No le despertaré; — decía tapándose la cara con las manos y bajando la cabeza, — no le tocaré y me dormiré en seguida. Déjenme, déjenme... ¡verdad!... acostarme al lado de mi hermano... me quiere mucho, estoy segura de que me quiere mucho!

El ama no esperó más y cogiéndola en brazos la llevó á la camita donde dormía su hermano. La niña se echó muy despacito, para no despertarle y pasando tímidamente un brazo por bajo de su cuello se cubrió la cara con el otro dejando caer los rizos de su abundante cabellera en derredor de la cabecita de aquél y quedándose inmóvil.

— Pobre pequeña; — dijo miss Tox. — Estaba soñando, sin duda.

Tan trivial incidente había venido á interrumpir la conversación de aquellas señoras y ya era difícil reanudarla y más, considerando que mistress Chick estaba abismada en la contemplación de su natural tolerante, con lo que no tenía otros ánimos. Ambas amigas tomaron apaciblemente otra taza de te y

mandaron á un criado en busca de un coche para miss Tox. Tenía miss Tox gran experiencia en materia de coches, y así el elegir uno era cosa de tiempo y de no pocos arreglos preliminares.

— Haga usted el favor, Towlinson, — dijo miss Tox al criado, — de ver primeramente si el coche tiene bien visible su número.

— Está bien; — contestó Towlinson.

— Haga usted el favor, Towlinson, de volver el almohadón del asiento. — Y dirigiéndose, aparte, á mistress Chick, añadió: — Sabe usted, generalmente el almohadón está muy húmedo.

— Bien, señorita; — dijo el criado.

— Otra cosa. Haga usted el favor de dar al cochero esta tarjeta y este chelín. Me llevará donde dice la tarjeta y queda entendido que no le doy nada más que ese chelín.

— Bien, señorita.

— Otra cosa... y siento mucho dar á usted tanto quehacer, Towlinson; — dijo miss Tox mirándole como si estuviera apenada.

— De ninguna manera, señorita; — repuso el criado.

— Bueno; pues haga usted el favor de decir al cochero que la señora que va á tomar el coche es sobrina de un magistrado, y que si se permite la más pequeña impertinencia, se le castigará terriblemente. Haga usted el favor de decirle esto como una cosa suya, como un consejo de amigo y porque se acuerda usted de otro hombre que murió de resultas.

— Perfectamente, señorita.

— Y con esto, muy buenas noches, buenas, buenas, mi querido ahijadito; — dijo miss Tox enviando al niño tantos besos cuantas palabras mimosas repe-

tidas; — y usted, Luisa, mi querida amiga, ¡ prométame tomar algo caliente antes de acostarse y no se atormente!

No sin grandísima dificultad pudo guardar silencio la niñera Susana, mirando con sus grandes ojos negros, durante esta escena y hasta que mistress Chick acabó también de marcharse. Pero así que se quedó el cuarto libre de visitantes, se tomó la revancha á su gusto.

— Aunque me tuvieran seis semanas con una camisa de fuerza; — dijo Susana — no llegaría á estar peor que estoy. ¿ Ha visto usted, ama, que par de lechuzas?

— ¡ Pobre pequeña! — contestó la nodriza; — ¡ decían que soñaba!

— ¡ Oh, hermosuras! — dijo Susana haciendo una burlona reverencia hacia la puerta por donde habían salido las dos damas; — ¿ con que la niña no llegará á ser nunca un Dombey? Pues me alegro mucho: ya tenemos de sobra con uno.

— No despierte usted á los niños, Susana; — dijo el ama.

— Muy agradecida, señora Richards; — añadió Susana creyendo que las palabras de la nodriza eran una censura de su rabia; « me honra mucho recibir órdenes de usted, yo, que soy una negra, una mulata. Si tiene usted, señora Richards, alguna otra cosa que mandarme, hable usted, ya estoy escuchando. »

— ¡ Órdenes! de ninguna manera; — contestó el ama.

— ¡ Dios la bendiga! — siguió diciendo la niñera. — De modo que la temporera da en esta casa órdenes á la permanente, se lo figura usted así, señora Ri-

chards? Pues vaya usted aprendiendo (ya lo sabe usted mejor que yo), que no es lo mismo dar órdenes que recibirlas. Se puede mandar á una persona que se eche de cabeza por un puente, á cuarenta y cinco pies de alto sobre el agua, sin que por esto la persona acepte el chapuzón. ¿Ha comprendido usted?

— Nada de eso, Susana; — dijo serenamente la nodriza. — ¡Ya se ha incomodado usted! Pues no hay otra razón sino que es usted una buena chica, que quiere de veras á miss Florencia y que se vuelve usted contra mí porque no tiene á nadie más con quien reñir en este cuarto.

— Es muy fácil para algunas personas conservar su tranquilidad, señora Richards; — continuó miss Nipper ya un poco suavizada; — ahí tiene usted al niño, cuidado como un príncipe, mimado, acariciado hasta que se aburre; y, en cambio, todos están contra esta pobre criatura, contra esta inocente que no puede tener ni una palabra de queja... ¡ah! es verdad que hay mucha diferencia... ¡Válgame Dios, señorita Florencia! si no es usted buena y cierra los ojos en seguida para dormirse, llamo al Coco que está en el desván para que venga y se la coma á usted viva.

Miss Nipper acompañó estas palabras con un mugido como si el Coco por este medio contestara á las adjuraciones que se le hacían. Susana tranquilizó en seguida á la niña, le tapó la cara con la sábana, dió tres ó cuatro palmadas en la almohada, se cruzó de brazos, se sentó delante de la chimenea y así mirando á la lumbre pasó el resto de la tarde.

Aunque el pequeñito Pablo tenía, como suelen decir las nodrizas, « mucho conocimiento para su edad », no se enteró gran cosa de los preparativos que se hacían para bautizarle al día siguiente; y, sin

embargo, estaban haciéndose á toda prisa, lo mismo en lo que á su adorno concernía que en lo tocante á lo de su hermana, la nodriza y el aya. Ni aun llegada la mañana de la fiesta pareció conceder gran importancia á todo aquello: al contrario, durmió más que de costumbre y hasta dió señales de incomodidad, cosa en él desusada, por no querer que le vistieran.

Era un día otoñal, ceniciento de hierro. Soplaban frío y penetrante viento del este — un día en contradicción con lo que se estaba preparando. Mister Dombey representaba en sí mismo el viento, la sombra, el otoño y el bautizo. Estaba en su gabinete, esperando á las personas que habían de concurrir á la ceremonia, sombrío y frío como el tiempo. Cuando miraba por los cristales de la galería veía los árboles del jardínillo, con sus hojas amarillentas que iban cayéndose, revoloteando como si su mirada las hiriese.

¡Qué oscuras y frías estaban las habitaciones! Parecían de luto, como los habitantes de la casa. Los libros alineados en los estantes apretados por orden de tamaños, como filas de tropa, no inspiraban bajo sus duros uniformes más que una sola idea: la del frío. El armario de cristales, cerrado, repudiaba las familiaridades. Mister Pritt, en busto de bronce puesto en lo alto de la biblioteca, si no señales de su celestial origen, tenía aspecto de un Moro encantador cuya misión consistiera en guardar un tesoro intangible. Una polvorienta urna funeraria encontrada en antiguas tumbas, predicaba desolación y muerte, desde una rinconera, como si estuviera en un púlpito y el espejo de la chimenea reflejaba á la vez á mister Dombey y su retrato, en melancólicas meditaciones.

La paleta, tenazas y morillos de hierro, en su rigidez aparecían preferentemente relacionados con mister Dombey, el cual, abrochado el frac, anudada su corbata blanca, puesta su pesada cadena de oro y calzadas sus chirriantes botas, estaba esperando la llegada de mister Chick y su señora, sus testigos legales.

— Querido Pablo ; — murmuró mistress Chick abrazando á su hermano, — espero que este sea el comienzo de muy felices días.

— Gracias, Luisa, dijo mister Dombey fríamente. — ¿Cómo está usted, mister John?

— ¿Cómo está usted? — dijo á su vez mister John Chick.

Tendió á mister Dombey la mano, lo mismo que si temiese sufrir una corriente eléctrica. Mister Dombey tomó la mano lo mismo que si hubiere cogido un pez, ó un alga, ó cualquiera otra substancia viscosa, soltándola al momento con una cortesía, más afectada que afectuosa.

— ¿Acaso habrías preferido, Luisa, encontrar la chimenea encendida? — dijo mister Dombey, girando el cuello en la corbata como bujía en candelero.

— ¡Oh! no ; — contestó mistress Chick, dando casi diente con diente ; — por mí no hace falta.

— Mister John ; — añadió Dombey, — ¿usted no es muy sensible al frío?

Mister John se había metido las manos en los bolsillos por temor á los sabañones y ya estaba muy dispuesto á canturrear aquel coro que tanto irritó en otra ocasión á su mujer ; pero al oír la pregunta de su cuñado se apresuró á manifestar que lo encontraba todo perfectamente confortable. En seguida tornó á su melodía y ya comenzaba á entonarla

cuando felizmente asomó á la puerta el criado Towlinson, anunciando :

— ¡Miss Tox!

Vióse entonces entrar á la hermosa tirana ; con la nariz amoratada, la cara como el hielo y toda ella transida de frío, gracias al vestido de tul, puntillas y cintas con que se había engalanado en honor de la fiesta.

— ¿Cómo está usted, miss Tox, — preguntó mister Dombey.

Miss Tox, en medio de sus desplegadas gasas desapareció como un gemelo de teatro que se enchufa en sí mismo para cerrarse : era que saludaba con una reverencia á mister Dombey, agradecida por la señal de consideración que éste le daba adelantándose á su encuentro.

— No olvidaré nunca, — dijo miss Tox, — el honor que usted me dispensa en esta ocasión. Verdaderamente Luisa, no sé si es realidad ó una ilusión de mis sentidos.

Lo que no tenía nada de ilusorio para los sentidos de miss Tox era el frío : se vería bien claro. Así aprovechó la primera oportunidad para frotarse disimuladamente la nariz con el pañuelo y restablecer la circulación antes de que su temperatura de hielo, pudiera lastimar á Pablito al tiempo de besarle.

Apareció el niño, traído triunfalmente por su nodriza Richards. Su hermana Florencia, bajo la custodia de su guardiana Nipper, venía detrás. Aunque las sirvientas y los niños se habían vestido de luto menos riguroso, en atención á las circunstancias, con todo, el ver á los dos huérfanos no era cosa que pudiera regocijar á los presentes. El niño rompió á llorar, debido, en parte, á la nariz de miss

Tox. Esto detuvo la acción de mister Chick que, en su torpeza, iba á hacer fiestas á Florencia. Para este caballero, insensible al superior privilegio de un perfecto Dombey (acaso porque él mismo tenía el honor de estar unido á una Dombey y así sabía bastante bien á qué atenerse en punto á superioridad de la familia), tenía verdadero cariño á la niña y no lo ocultaba : iba á demostrarlo á su manera cuando rompió á llorar el niño.

— Vamos, niña ¿ qué haces ahí ? — exclamó su tía con viveza. — ¿ No ves que está llorando tu hermano. ¿ Distráele, llámale la atención.

Si el aire de la habitación hubiera sido susceptible de enfriarse aún más, seguramente lo habría hecho cuando mister Dombey con actitud glacial hizo alto para mirar á su hija. Florencia, dando palmaditas y andando de puntillas, se acercó al trono del hijo y heredero, le atrajo haciéndole bajar de su sitio y fijarse en ella. Es verdad que el ama contribuyó lo mejor que pudo á lograr este efecto : pero mister Dombey no se fijó y continuó en silencio. Cuando Florencia se escondía detrás de la nodriza, el niño la seguía con la vista y cuando venía á él corriendo y con alegre exclamación, el niño se abrazaba gozoso al ama ó se echaba atrás riendo cuanto podía : y luego acariciaba con sus manecitas la cabellera de su hermana cuando ésta le cubría de besos.

¿ Estaba contento de ver esto mister Dombey ? Ninguno de sus nervios dió señales de que en él existiera sentimiento ; bien es cierto que pocas veces se exteriorizaba su exterior por medio de su fisonomía. Su mirada era tan fija y fría que hasta desvanecía el brillo de los ojos de Florencia cuando venía á encontrarse con ellos.

Era, en verdad, un día melancólico de otoño y durante aquellos minutos de pausa y de silencio las hojas de los árboles iban cayendo tristemente.

— Mister John ; — dijo Dombey, después de mirar su reloj y cogiendo el sombrero y los guantes : — dé usted el brazo á mi hermana, si usted gusta : el mío corresponde hoy á miss Tox. Vaya usted delante, Richard, con el señorito Pablo. Mucho cuidado.

En el coche de mister Dombey tomaron asiento Dombey é hijo, miss Tox, mistress Chick y Florencia. En otro coche seguían Susana Nipper y mister Chick. Durante todo el trayecto fué mirando Susana por la ventanilla para evitarse una confrontación con la ancha cara de aquel caballero, temiendo que al menor encuentro sacara este señor una moneda del bolsillo y se la ofreciera envuelta en un papel.

Ya en marcha hacia la iglesia dió mister Dombey unas palmaditas para distraer á su hijo. Aquel entusiasmo paterno dejó encantada á miss Tox. Pero aparte de este incidente, la única diferencia que hubiera podido encontrarse entre este bautismo y un entierro era el color de los carruajes y caballos.

Llegados á la iglesia, fueron recibidos en la puerta por un portentoso bedel. Mister Dombey bajó del coche y dió la mano á las señoras, una tras otra, para que bajaran á su vez : parecía otro bedel, menos vistoso, pero más solemne y temible, el bedel de la vida privada, del escritorio y del afecto.

La mano de miss Tox temblaba cuando se cogió al brazo de mister Dombey para subir los escalones de la iglesia y entró en ésta precedida de un personaje con sombrero apuntado y collar babilónico. Por un momento podía creerse que se trataba de otra

solemne institución, según la fórmula. « ¿Quiere usted á este hombre por marido? Sí quiero ».

— Tengan cuidado con el niño en las corrientes de aire; — dijo en voz baja el bedel al abrir la segunda puerta de la iglesia.

Bien hubiera podido preguntarse Pablito, como Hamlet: « ¿Entro en mi tumba? », tan frío y lóbrego era el sitio. El púlpito elevado y cubierto, el atril para los libros evangélicos, igualmente tapado, la triste perspectiva de los escaños vacíos que se extendían por las galerías, los bancos recogidos en un montón, hasta perderse en la sombra del grande y solitario órgano, los ruedos polvorientos y las losas heladas, las sillas vacantes, el húmedo rincón donde se hallaba la cuerda para sonar la campana y donde se veían recogidas en las negras armazones usadas para los funerales, las palas, cestos, sogas empleados para bajar los féretros á las fosas y gastadas, á trozos, por el uso, el olor extraño y molestísimo, la luz cadavérica, todo armonizaba en la iglesia: era una escena de sobrecojimiento fúnebre.

— Justamente hay ahora, un casamiento, caballero — dijo el bedel — pero no será largo: tenga usted la bondad de esperar un momento en la sacristía.

Antes de separarse el bedel, para salir al encuentro de la boda, hizo una reverencia á mister Dombey y sonrió como para indicarle que ya había tenido el honor de servirle con ocasión del entierro de su mujer y que esperaba que ya estaría consolado.

Melancólica también parecía la comitiva de la boda al dirigirse hacia el altar. La novia era hartó vieja; el novio era hartó joven; un señor viejo y elegante, que tenía un ojo de cristal disimulándolo con lentes, daba el brazo á la novia precediendo á los

parientes y amigos, que entraban tiritando. En la sacristía había lumbre, pero ésta daba humo. Un oficial del registro, con bastantes años, bastante trabajo y escasos emolumentos, estaba examinando unos libros (larga serie de tomos semejantes) en busca de alguna partida de defunción, volviendo las enormes hojas in folio con el dedo que mojaba en la lengua. Encima de la chimenea se veía un plano de las bóvedas de la iglesia y mister Chick para distraer á los presentes fué leyendo los nombres de las personas enterradas en aquellos subterráneos, sin omitir el de mistress Dombey, que no supo saltar cuando llegó su turno.

Siguió á esto un intervalo silencioso, hasta que una vieja encargada de las sillas y bancos, entró en la sacristía, tosiendo, afligida de un asma, de tal modo, que parecía corresponder su situación más bien á las bóvedas subterráneas que á la iglesia. La vieja dió aviso de que ya podían pasar al baptisterio. Aun tuvieron que esperar allí un rato, pues la boda entró en la sacristía para firmar las inscripciones. La vieja se situó á la salida de la iglesia, tosiendo á más y mejor; en parte por causa de su asma, en parte por llamar la atención de los concurrentes á la boda.

Al fin, el empleado del registro (el único que tenía semblante alegre, á pesar de sus ocupaciones fúnebres) se acercó á la pila bautismal con un jarro de agua caliente, que echó con propósito de deshelar la que allí había; pero fué pena inútil, pues para aquel deshielo hubieran hecho falta millones de cubos de agua hirviendo. El clérigo, joven y amable, pero evidentemente asustado de ver aquella criatura, se presentó en seguida semejante á « una aparición, toda de blanco » de que habla un cuento viejo. Al

verle, comenzó á llorar el niño, con tales gritos, que no hubo modo de calmarle hasta que ya estaba con el semblante amoratado.

No duró mucho el alivio que todos experimentaron con esta calma, pues por momentos rompía el niño en nuevos gritos de manera que entre momentos de tranquilidad y momentos de estrépito que llegaba hasta el pórtico, se fué verificando la ceremonia del bautismo. Hasta tal punto se turbaron con aquellas escenas las señoras presentes, que mistress Chick, sin darse cuenta de lo que hacía, envió á la vieja diferentes veces en averiguación de lo que pasaba en medio de la iglesia, y que miss Tox, equivocándose de capítulos en el libro de rezos, leyó unas páginas incoherentes.

Durante la ceremonia estuvo mister Dombey absolutamente impasible, como siempre, á lo que quizás ayudó el frío ambiente, pues el aliento del joven eclesiástico se condensaba en vapor al salir de su boca. La única vez en que mister Dombey dió señales de alguna animación en el rostro fué cuando el eclesiástico leyó con la mayor naturalidad, como una fórmula acostumbrada, la exhortación que se hace á los padrinos de que cuiden de su ahijado. Mister Dombey miró entonces á mister Chick, como queriendo significar: « eso resulta perfectamente ocioso ».

Mejor hubiera hecho mister Dombey en pensar algo menos en su dignidad y un poco más en el origen y elevada significación de esta ceremonia en la que tomaba tan pequeña parte con su tiesura y rigidez. Su arrogancia contrastaba de manera extraña con aquel acto.

Concluido el bautizo, volvió mister Dombey á ofrecer el brazo á miss Tox y tornó con ella á la sacris-

tía, donde manifestó al clérigo bautizante que se hubiera complacido en rogarle que le honrara á su mesa, pero que á causa de su luto se veía en la imposibilidad de invitarle á comer. Firmado el registro y pagados los gastos, recompensada también la guardadora de las sillas (que otra vez había empezado á toser), sin olvidar la gratificación al bedel y al sacristán (que casualmente se hallaba en la puerta, mirando con gran interés á la veleta), volvió la comitiva á los coches y regresaron todos á casa en la misma triste compañía.

Encontráronse nuevamente con el busto de Pitt, que parecía contemplar un almuerzo fiambre, más enfriado aún entre el lujo de la vajilla de plata: aquello semejaba una comida fúnebre más bien que una colación en familia. La madrina miss Tox sacó de su bolsillo un vasito de plata, regalo á su ahijado. Mister Chick sacó otro regalo, un estuche con cuchillo, cuchara y tenedor. Mister Dombey presentó entonces á miss Tox un brazaletes: aceptó ésta el obsequio con afección muy tierna.

— Mister John; — dijo Dombey, — tome usted asiento, allí al extremo de la mesa, si usted gusta. ¿Qué tiene usted delante, mister John?

— Creo que esto es carne de vaca fría; — contestó mister Chick restregándose una con otra sus entumecidas manos. — ¿Y usted qué tiene, mister Dombey?

— Me parece, — contestó mister Dombey, — que esto es una preparación de cabeza de ternera en frío: aquí veo pollo asado frío, jamón, conservas, ensalada, langosta. Miss Tox ¿quiere usted dispensarme el honor de aceptar un poco de vino? Champagne para miss Tox.

Todo era á propósito para coger un dolor de muelas, de puro helado. El vino estaba tan ásperamente frío que, sin que lo pudiera evitar miss Tox, le arrancó un grito difícilmente transformado por ella en un ¡ah! como de admiración. En cuanto á la carne fiambre, no había duda de que había estado en una nevera, porque tan pronto como mister Chick partió una lonja y comenzó á comerla se quedó transido en todo el cuerpo. El único impassible era mister Dombey. Le hubieran podido presentar en una exposición de Rusia, como muestra de un caballero helado.

Hasta en mistress Chick prevaleció esta glacial influencia, quitándole toda inspiración de palabras lisonjeras y amables : todos sus esfuerzos estaban concentrados en la disimulación del frío que sentía de pies á cabeza.

Después de un prolongado silencio, mister Chick se decidió á hacer un esfuerzo desesperado; cogió una copa, la llenó de Jerez, y dijo. — Mister Dombey, con permiso de usted, ¡bebo á la salud del niño Pablo!

— ¡Dios le bendiga! — murmuró miss Tox llevando su copa á los labios.

— ¡Dombey querido! — murmuró á su vez mistress Chick.

— Mister John; — dijo Dombey con gravedad severa. — Si mi hijo pudiera darse cuenta de cuán obligado queda á usted, estoy seguro de que le expresaría su agradecimiento al favor que usted le dispensa. No dudo yo de que con el tiempo sabrá mi hijo corresponder á las atenciones de sus amigos y parientes, en privado, y que responderá también en público á los deberes que nuestra elevada posición le impone.

El tono con que se expresó mister Dombey no

admitía réplica; de modo que mister Chick cayó de nuevo en su concentración y silencio. No así miss Tox, la cual, habiendo escuchado á mister Dombey con atención aún más enfática que de costumbre, inclinada la cabeza, según su tendencia, se apoyó en la mesa y en voz baja preguntó á mistress Chick :

— ¡Luisa!

— Mándeme... — contestó mistress Chick.

« ... Responderá también en público á los deberes que nuestra elevada posición... No he cogido bien la última frase.

— ... Á que nuestra elevada posición le obliga.

— ¡Oh! no, dispéñeme, no es eso: la frase es más redonda y expresiva : responderá también á los deberes que nuestra elevada posición... Ya, ya caigo : á los deberes que nuestra elevada posición le impone.

— Es verdad ; — contestó mistress Chick. — Así es.

Miss Tox dió una ligera palmadita, como en regocijo por su triunfo y levantó los ojos en admiración, diciendo : — ¡Oh! ¡qué elocuencia!

Entretanto, había dado mister Dombey diferentes órdenes concernientes á la nodriza Richards, la cual se presentó en el comedor sola, es decir, sin el niño : las fatigas del día le habían hecho dormirse. Mister Dombey mandó servir un vaso de vino á esta vasalla y se dispuso á dirigirle la palabra. Miss Tox inclinando la cabeza tomó minuciosas disposiciones para que no se le escapara esta vez nada.

— Durante los seis meses, poco más ó menos, que lleva usted en esta casa, Richards, ha cumplido usted con su deber. Deseando, en esta ocasión, favorecer á usted en algo y habiendo examinado qué es

lo que se podría hacer de más beneficioso para usted, previa consulta con mi hermana, mistress...

— Chick ; — interrumpió el caballero de este nombre.

— ¡Oh, silencio, si usted gusta! — exclamó miss Tox.

— Quería decir á usted, Richards, — resumió mister Dombey lanzando una aterradora mirada á mister John, — que pronto he tomado una decisión, acordándome de lo que hablé con su marido en este cuarto el día en que entró usted á mi servicio, y de lo que me hizo saber, apesadumbrado, acerca de la deplorable y profunda ignorancia en que su familia — él el primero — estaba sumida.

Richards se sintió confundida ante la magnificencia del reproche.

— Lejos estoy de pensar como algunas personas — prosiguió mister Dombey — que imaginan poder llegar á nivelar los sentimientos mediante una educación general. Sin embargo, creo que es necesario dar á las clases inferiores el verdadero conocimiento de su situación y de la conducta que deben observar en su estado. Apruebo, en este sentido, las escuelas. Pues bien; yo tengo derecho á designar un alumno para ocupar plaza en el antiguo establecimiento llamado de los *Charitable Grinders* (á causa de una venerable comunidad). No solamente se da educación á los alumnos de este establecimiento lo mismo que en las escuelas, sino que además, se les viste : tienen uniforme y una insignia que consiste en una chapa con su número. Después de haber dado conocimiento de mi propósito á su familia (gracias á mistress Chick), he nombrado para la vacante al hijo mayor de usted, y según mis informes, hoy ha entrado en el estableci-

miento. El número de su hijo es, según creo — y mister Dombey se volvió hacia su hermana hablando del muchacho como pudiera hacerlo de un coche — el ciento cuarenta y siete. — Puedes decirselo, Luisa.

— Número ciento cuarenta y siete ; — repitió mistress Chick. — El traje es elegante, abrigado ; casaca de bayeta azul, como la gorra, una y otra con franjas de color de naranja, medias encarnadas y de tejido bien espeso, calzón muy fuerte de cuero. Da ganas de llevar este mismo traje — exclamó mistress Chick entusiasmada — con agradecimiento.

— ¿Qué tal, Richards? — dijo miss Tox. — Me parece que puede usted estar orgullosa. *Charitable Grinders* nada menos !

— Le agradezco mucho, señor — contestó Richards con voz apagada, — que haya tenido la bondad de pensar en mi hijo. — Á este tiempo le pareció á la pobre mujer que veía á su Biler vestido con aquel traje de hospiciano, con sus piernecitas metidas en el suave calzón de cuero, descrito por mistress Chick, y ante esta visión se le saltaron las lágrimas.

— Me complace mucho ver que se emociona usted de gratitud, Richards ; — dijo miss Tox.

— Esto me hace concebir la esperanza — añadió mistress Chick preciándose una vez más de conocer el corazón humano — de que aún pueden encontrarse en el mundo algunos restos de agradecimiento y sensibilidad.

El ama contestó á estos cumplimientos con una reverencia y murmurando gracias ; pero como le era imposible tranquilizar su espíritu, borrar la imagen de su hijo ataviado con aquellos ricos ornamentos, se fué aproximando á la puerta, y así que pudo, se escapó de la habitación.

Con la desaparición de la nodriza se acabó la especie de animación á que había dado lugar su presencia; otra vez se rehizo el hielo de la atmósfera. Mister Chick, sentado al extremo de la mesa, empezó á tararear conteniéndose á los dos compases; pero ya no era una canción alegre lo que se le ocurría, sino la gran *Marcha fúnebre*, de Saúl. No había duda, se iba solidificando aquel aire y las personas reunidas en derredor de la mesa se convertían, como los manjares servidos, en durísimos témpanos. Mistress Chick dirigió una mirada y ambas estuvieron de acuerdo en manifestar que ya era hora de retirarse. Mister Dombey recibió esta manifestación con la mayor tranquilidad: se despidieron las señoras y se marcharon bajo la protección de mister Chick, el cual, tan pronto como se vió camino de su casa y dueño de su habitual estado solitario, se metió las manos en los bolsillos, se recostó dentro del coche y se puso á silbar un paso de ataque con tal decisión y coraje que su mujer no se atrevió á protestar ni á decirle una sola palabra.

No porque tuviera Richards en su regazo á Pablo dejaba de pensar en su hijo. Bien pensaba que en esto podía haber alguna ingratitud; pero la influencia que habían tenido aquel día los *Charitable Grinders* y aquello del número ciento cuarenta y siete en una chapa, le inspiraban temores á la severidad contra su hijo. Encerrada en su cuarto, no dejaba de ver con la imaginación, la perturbadora imagen del niño en uniforme.

— No sé cuánto daría, — dijo el ama, — por ver á mi pobre pequeño antes de que se haya acostumbrado al hospicio.

— Pues si no es más que eso, — repuso Susana,

que era la confidente del ama, — vaya usted á verle y satisfará su deseo.

— No lo consentirá mister Dombey; — repuso el ama.

— Y yo no digo lo contrario; — continuó Susana; — sin embargo, si le dijera, ¿quién sabe!

— Supongo que no será usted quien se atreva á decirselo; — añadió el ama.

— No, señora Richards, eso sí que no. Pero tal vez hay otro modo de hacerlo. Mañana no vendrán nuestras dos inspectoras Tox y Chick, de modo que podemos salir de paseo con miss Florencia, y, en vez de dar vueltas por la acera, nos llegaremos, si usted quiere, á su casa: no será más aburrido que de ordinario.

Al pronto desechó la nodriza esta idea; pero poco á poco fué cediendo su resistencia, representándosele en su imaginación, sus hijos, su casa, todo lo que le estaba prohibido. En fin, pensando que no habría gran mal en llegar un momento ante la puerta, accedió á la proposición de Susana.

Convenidas en esto, rompió á llorar Pablo desconsoladamente, como si adivinara que de aquello no podía salir nada de bueno.

— ¿Qué le pasa á este niño? — dijo Susana.

— Creo que tiene frío; — contestó el ama paseándole en brazos por el cuarto, para acallarle.

Era, en efecto, una oscura tarde de otoño; y el ama, paseándose, apretando al niño contra su seno, veía, á través de las vidrieras, cómo las hojas iban cayendo una por una.